

del cielo, por el cual debamos salvarnos (1). Y la razón es, que por su sangre logramos la redención y el perdón de nuestros pecados, por la riqueza de su gracia (2); Tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado. leemos en San Juan (3), y después de haber cancelado la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, y quitándole de en medio, enclavándola en la cruz (4), continúa siendo, á la manera que uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres (5), pues, como siempre permanece, posee eternamente el sacerdocio. De aquí es que puede perpétuamente salvar á los que por medio suyo se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros (6), siendo á la vez, el camino, la verdad, y la vida (7), sin que nadie pueda ir al Padre, sino por Él (8).

Señor, á quién iremos? decía San Pedro á Jesús, Tú tienes palabras de vida eterna (9).

Amados, hijos Nuestros, y cómo se va á Jesús? cómo se le encuentra, y con Él el camino, la verdad y la vida? Ah! bien lo sabemos todos; así lo practicáramos.

Al principio de nuestro Pontificado, 13 de Mayo de 1883, al consagrar solemnemente la Diócesis al Sacratísimo Corazón de Jesús; os dábamos con el Apóstol un medio sumamente expedito, trazando el bosquejo de esta devoción santa y de su eficacia divina, cuando nos revela que se le había conferido la gracia de anunciar á las Naciones las riquezas investigables de Jesucristo, y de ilustrar á todos los hombres descubriéndoles la dispensación del misterio, que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios, creador de todas las cosas (10), así como nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancilla en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos, en su querido Hijo, en quien por su sangre logramos la redención y el perdón de los pecados, derramándola en abundancia sobre nosotros, colmándonos de toda sabiduría y prudencia, para hacernos conocer el misterio de su voluntad (11).

Este medio de salud que entonces os propusimos, habrá sin duda, por la misericordia de Dios, producido ópimos frutos en la Diócesis, lo mismo que en la de Solsona, que consagramos igualmente al Sagrado Corazón de Jesús, por uno de los primeros actos de Nuestra Administración Apostólica; sobre todo en aquellas Parroquias en las cuales, habiéndose establecido el Apostolado de la Oración y la Comunión Reparadora con sus ejercicios regulares, devotos y eficacisimos, habráse dejado sentir la influencia salvadora del divino Corazón en las almas. Pero si hemos de decir lo que sentimos, estos frutos no han correspondido á Nuestras esperanzas, y ni en intensidad, ni en extensión, han sido los que esperábamos. Nos explicaremos: gran número de fieles han quedado dormidos como antes: los que han despertado no lo han hecho á medida de su necesidad, ni de la medicina que recibían, y los que estaban ya despiertos, salvos siempre excepciones en todos los casos, no han adelantado en el camino de la perfección y unión con Cristo, como era de esperar. Tememos que son pocos los que puedan exclamar con el Apóstol San Pablo: *Y yo vivo ahora, ó más bien no soy yo el que vivo; sino que Cristo vive en mí; así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí* (12).

Las funciones con exposición de Su Divina Majestad han sido más numerosas y más concurridas; mayor la frecuencia de Santos Sacramentos y visita al Santísimo Sacramento, pero esto con ser mucho, no es lo que se necesita para conseguir la reforma de costumbres por la viveza de fe y eficacia de caridad que se necesita: cambiar nuestro corazón por el de Jesús; apropiarnos sus sentimientos divinos, y sacrificarle nuestras desordenadas inclinaciones; apropiarnos sus acciones, haciendo que siempre y en todo obren sobre nosotros sus sufrimientos; y ofrecerle sinceramente los nuestros, con nuestras humillaciones y faltas; apropiarnos sus intereses y sacrificar los nuestros; unir nuestras súplicas á las suyas, y por fin, unirnos al sacrificio eterno y á la donación perpétua que de su Corazón por nosotros hace: todo lo cual debería producir, y realmente produce en las almas que le son enteramente devotas; esto es, lo que desgraciadamente no se ha conseguido, en el número de almas suficiente para reparar al Corazón de Jesús la infidelidad de tantos cristianos ingratos, y producir en el individuo, en la familia y en la sociedad, la reacción necesaria para que renazca la fe y la caridad, y no acabe de perderse la vida cristiana entre nosotros.

¿A qué es debido, pregunta el P. Ramiere, que el doble sacerdocio, esto es, el del Clero y el de los fieles, que existe desde los primeros tiempos de la Iglesia, esté tan lejos de haber cumplido su importante misión? Más de diez y ocho siglos hace que el Corazón de Jesús reside en medio de nosotros (13), dice con razón, y que no cesa de orar y de inmolarse para la salvación de los hombres; más de diez y ocho siglos hace que está poniendo á nuestra disposición la fuerza inmensa de su amor: ¿en qué consiste que sea tan pequeño el número de las almas que han recibido el celestial

impulso que Él venía á comunicar á la humanidad entera? ¿De qué proviene que el mundo continúe sumergido en tinieblas, y que la sociedad sea presa de una disolución que parece aumentar todos los días sus estragos?

De seguro no puede atribuirse este lamentable estado de cosas á que sea poco numeroso el clero Oficial; pues si para convertir al mundo bastaron doce Apóstoles, ¿qué no harían quinientos mil sacerdotes, si fuese tan eficaz su palabra? Esta eficacia debe tomarla del sacerdocio, officioso, de la predicación en la familia, en el salón, en el taller. Si los corazones de los hombres perecen en el hielo de la indiferencia, es porque el Corazón de Jesús carece de intermediarios para comunicarles el fuego en que se abrasa por ellos.

Para conseguir esto, debemos trabajar sin descanso, y lo conseguiremos por la misericordia del Señor, si somos fieles á ella con fe firme y caridad ardiente, no haciendo caso de los impostores artificiosos de los últimos tiempos, que dirán dónde está la promesa? antes al contrario, avisados y alerta, no sea que seducidos de los insensatos, tengáis á caer de vuestra firmeza, antes bien id creciendo en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1).

No olvidemos que sin esta unión con Jesús y esta comunicación de sentimientos, nada podemos hacer. Sin mí nada podéis hacer (2), pero que con Él todo lo podemos (3). Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros, al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid: así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo.... El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego y arderá. Al contrario, si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y se os otorgará (4).

Vamos, pues, á hacer un último esfuerzo para conseguir este resultado, que tanta gloria dará á Dios, y tantas almas salvará: ir á Jesús por María: AD JESUM PER MARIAM, que es Omnipotencia supplex, y á cuyo imperio, como dice San Bernardino *omnia famulantur, etiam Deus*.

«Cuando nos confiamos á María, acaba de decirnos León XIII (5), por medio de la plegaria, nos confiamos á la Madre de Misericordia, tan favorablemente dispuesta para con nosotros, que cualquiera que sea la necesidad que nos aflija, sobre todo la consecución de la vida eterna, acude Ella pronto, por sí misma, sin ser llamada, viniendo constantemente en nuestro auxilio, haciéndonos partícipes de la gracia de Dios, que recibió desde el principio con el fin de ser digna de ser su Madre.

»Esta superabundancia de la gracia, que es el más eminente de los privilegios de la Virgen, la eleva sobre todos los hombres y todos los ángeles, aproximándola á Cristo más que todas las criaturas. Mucho es para un Santo el poseer una cantidad de gracia suficiente para la salud de un gran número; pero si tuviera una cantidad que bastara para la salud del mundo entero; fuera el colmo, y esto existe en Cristo y en la bienaventurada Virgen» (6).

No en vano, pues, ha tenido la Iglesia en el poder de intercesión de la Madre Inmaculada de Dios, una confianza tan ilimitada como justificada, pues que el Señor se lo concedió haciéndola Madre nuestra, y le correspondía por ser Madre suya; por haberla escogido para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, presidir la formación de la Iglesia y asistirle eficazmente en todos tiempos para librarla de todas las herejías; completándose así el círculo de la creación, como dice Santo Tomás, retornando á Dios por medio del Verbo las criaturas todas que por el mismo Verbo habían salido de la nada, y cerrando así Dios en María este círculo admirable que vá de Dios á Dios. *Ecce Ancilla Domini* (7): sucediendo así, prosigue diciendo el Santo, para que se viese cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, solicitando á este fin por medio de la Anunciación el consentimiento de la Virgen en lugar de toda la naturaleza humana: *ut ostenderetur esse quoddam spiritale matrimonium inter Filium Dei et humanam naturam, et ideo per Annuntiationem spectabatur consensus Virginis, loco totius nature humane*.

Bajo tan sólidos fundamentos, acudamos, pues, á Jesús, que es nuestro Padre, por María, que es nuestra Madre, hasta conseguir, según la visión del V. P. Hoyos, que reine el Corazón del Hijo en España más que en otra nación, por medio del Corazón Inmaculado de la Madre.

Al efecto, EN NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO; PARA MAYOR HONRA Y GLORIA SUYA Y BIEN DE LAS ALMAS, CONSAGRAMOS SOLEMNEMENTE LAS DIÓCESIS DE VICH Y DE SOLSONA AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA; á fin de que por este medio se perfeccione y acabe lo que comenzó por la consagración de las mismas al Corazón sacratísimo de Jesús; se conviertan los pecadores, se enfervoricen los tibios y se perfeccionen más y más los justos, hasta conseguir toda la tierra la aspiración suprema de Nuestro Redentor Divino; que sean todos una misma cosa; y como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa con nosotros por unión de amor (8); y después que hayamos recibido parte de su gloria que el Padre le dió, alimentándonos con su misma sustancia; para que en cierta manera sean una misma cosa como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos, y Tú estás siempre en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y conozca

(1) Act. iv, 12.

(2) Ephes. i, 7.

(3) Apoc. v, 9.

(4) Coloss. ii, 14.

(5) Tim. ii, 6.

(6) Heb. vii, 24, 25.

(7) Joann. xiv, 6.

(8) Ib.

(9) Ib. vi, 69.

(10) Ephes. iii, 8, 9.

(11) Ephes. i, 4 ad 9.

(12) Galat. ii, 20.

(13) Apostolado del Corazón de Jesús; Conclusión.

(1) II Pet. iii, 3, 4, et 17.

(2) Joann. xv, 5.

(3) Ib.

(4) Ib. 4 et seq.

(5) Enciclica *Magna Dei Matris* de 8 de Septiembre de 1892.

(6) S. Thom. ob. viii, super salut. angelic.

(7) Luc. I, 48.

(8) Joann. xvii, 21.